

NEGOCIACIONES MILITARES MUNDIALES *

A juzgar por la multiplicidad de conferencias sobre el desarme, en diciembre de 1972, en Ginebra, Helsinki, Bruselas y París, podría pensarse que los gastos militares, tanto en Europa como en los Estados Unidos y la URSS, están en vísperas de una sensible reducción. De momento, tales conferencias han provocado un crecimiento excepcional de esos gastos: ¿no ha de iniciar cada cual las negociaciones en posición de fuerza?

El Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, del que nadie pone en tela de juicio la independencia, facilitaba a principios de diciembre la situación de los gastos militares de diferentes países con relación a su PNB (Producto Nacional Bruto). En valor absoluto, detentan el *record* las dos Superpotencias. Con relación a su PNB, el presupuesto de defensa de los Estados Unidos representó para 1972 el 7,7 por 100 de aquél. Dado que los gastos militares de la URSS son ligeramente superiores a los de Estados Unidos y su PNB, por lo menos, dos veces menor, la proporción superaba el 19 por 100 en aquel país. La proporción resulta netamente más elevada en los satélites de la URSS que entre los miembros de la NATO. De suerte que alcanza el 5,2 por 100 en Polonia, el 5,8 por 100 en Checoslovaquia, el 5,9 por 100 en Alemania del Este, frente al 3,1 por 100 en Francia y el 3,3 por 100 en Grecia y Turquía. Detentan el *record* Egipto, con el 22 por 100 e Israel con el 23 por 100.

El Instituto Internacional para la Investigación sobre la Paz, de Estocolmo, fundado en 1966, ha facilitado a mediados de diciembre otras cifras relativas a la investigación en materia de defensa. Aunque ampliamente subvencionado por el Gobierno sueco, su independencia es tan indiscutible como la del Instituto de Estudios Estratégicos, de Londres. Los gastos militares objeto de los estudios de Estocolmo se refieren únicamente a la investigación. Al parecer, se han gastado en el mundo en diez años para la investigación militar y el desarrollo de la tecnología de los armamentos de 15 a 16.000 millones de dólares. El 85 por 100 de estos gastos corresponden a los Estados Unidos y la URSS. Los gastos de China continental, Gran Bretaña, Francia y Alemania Federal serían sensiblemente del 2,5 por 100 para cada uno de estos países

* Traducción de Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA.

y sumarían el 10 por 100 del total. Entre las demás naciones, cuya parte total sería del 5 por 100, el Instituto de Estocolmo señala la rápida expansión de los programas de investigación y desarrollo en Japón, Israel e India.

En todos los países, en 1973, los gastos militares van a aumentar aún más. Desde la firma de los acuerdos SALT (Strategic Arms Limitation Talks) sobre la limitación de las armas estratégicas norteamericanas y soviéticas, Melvin R. Laird, secretario de Defensa de Estados Unidos, no ha cesado de multiplicar las peticiones de aumento de su presupuesto. Se le objetó vanamente que la retirada de tropas norteamericanas de Vietnam debería permitir, por el contrario, su reducción. Reclamaba más de 80.000 millones de dólares para el próximo presupuesto.

En su discurso de despedida del 6 de diciembre ante sus colegas de la NATO en Bruselas, felicitó a Gran Bretaña y a Alemania Federal por la decisión de aumentar en un 5 por 100 su presupuesto militar para 1973. Y exhortó a los demás miembros de la NATO a «no descansar en su vigilancia». En contrapartida, anunció que el presidente Nixon pediría al Congreso el mantenimiento integral de los efectivos norteamericanos en Europa durante el año presupuestario 1973-1974.

Por su parte, el señor Debré, ministro de Estado responsable de la defensa nacional en Francia, ha conseguido un muy sustancial aumento de su presupuesto para 1973. En un artículo de la *Revue de Défense Nationale*, publicado a principios de diciembre, se ha mostrado de acuerdo, por lo menos en este punto, con Melvin Laird. Se niega a abandonar a los Estados Unidos la defensa de la Europa occidental. Reconoce que es «problema insoluble para los europeos solos», pero insiste en la necesidad de completar la ayuda norteamericana con un gran esfuerzo de los países de Europa. «¿Quién garantizaría nuestra seguridad, escribe, de no empezar por garantizarla nosotros mismos?»

LOS ARMAMENTOS NUCLEARES: SALT-1 Y SALT-2

Desde que en marzo de 1967 los Estados Unidos y la URSS admitieron la necesidad de una conferencia SALT sobre la limitación de la carrera de armas nucleares, a la vez ofensivas y defensivas, las dos sesiones anuales de esa conferencia, celebradas en Helsinki y Viena, apenas si habían progresado. Es más: al pretender cada uno de los dos países negociar desde una posición de fuerza, no cabía duda de que SALT había acelerado la carrera de armas estratégicas.

De pronto, el 20 de mayo de 1971, cuando estaba finalizando la cuarta sesión, iniciada el 15 de marzo, el presidente Nixon, con motivo de una conferencia de prensa, leyó un comunicado conjunto publicado simultáneamente en Washington y Moscú. Semejante declaración, según él, era una «abertura relevante» («a major breakthrough») en las negociaciones SALT. «Los gobiernos de los Estados Unidos y la URSS, decía el comunicado, ... han acordado centrar en 1971 sus trabajos en la búsqueda de una limitación de las armas defensivas. Han acordado asimismo que, a un tiempo que concluyen este acuerdo sobre las armas defensivas, concertarán determinadas medidas propias a limitar las armas estratégicas ofensivas... De tener éxito, la declaración conjunta publicada hoy por los dos gobiernos podría pasar a la posteridad como el principio de una nueva era que brindará a todas las naciones la posibilidad de dedicar cada vez más sus recursos y energías no ya a la fabricación de armas de guerra, sino a obras de paz.»

Publicada el día siguiente en *Pravda*, sin comentarios particulares, la declaración conjunta había suscitado mucho menor interés en Moscú. El diario del partido comunista seguía celebrando el mismo día los esfuerzos de la URSS en pro de la paz, pero calificaba al mismo tiempo a los Estados Unidos de «fortaleza del imperialismo».

Sólo se observó un cambio de actitud con motivo del viaje a Moscú del presidente Nixon en mayo de 1972. Firmado el 26 de mayo por el presidente Nixon y Breznev, inmediatamente ratificado por la URSS y sometido a la aprobación del Senado en Washington, el acuerdo ponía término a las negociaciones de SALT. Tal acuerdo comprendía esencialmente una severa limitación de las armas nucleares defensivas, acompañada de medidas bastante anodinas y difícilmente controlables en cuanto a las armas ofensivas.

El debate sobre SALT-1 se inició inmediatamente en Washington. El señor Laird, secretario de Defensa, empezó por reclamar un aumento de su presupuesto para iniciar la sustitución, autorizada por el acuerdo, de las armas ofensivas que estimaba anticuadas por otras más modernas. Aunque demócrata, el senador Henry M. Jackson, perito en armas nucleares, aprobó esa petición y le aportó el apoyo de su autoridad. El acuerdo, afirmó, no se había logrado haciendo una serie de concesiones a las tesis soviéticas. Para reanudar en posición de fuerza las negociaciones SALT-2 sobre las armas ofensivas, el aumento pedido por el señor Laird le parecía indispensable.

La argumentación del señor Laird y del senador Jackson no convenció al senador George McGovern, que estaba entonces en cabeza en la carrera

para la investidura del partido demócrata contra el presidente Nixon. El 16 de junio propuso, por el contrario, reducir en 32.000 millones de dólares el presupuesto militar, para el que pedía el señor Laird 86.000 millones de dólares. Lo que podía hacerse, afirmaba McGovern, conservando con qué destruir diez veces los principales objetivos de la URSS y China. «Los máximos peligros, añadía, que amenazan la sociedad norteamericana no provienen del exterior, sino del deterioro interno de nuestra sociedad», extremo éste que remediaría la transferencia que proponía del presupuesto militar a gastos civiles indispensables. Los electores norteamericanos no lo han estimado así.

El acuerdo de Moscú de 26 de mayo de 1972 impone exigencias tan detalladas como difíciles de controlar relativas a la defensa mediante antimisiles. Cada una de las dos redes concedidas a los Estados Unidos y la URSS no debe tener más de 100 ubicaciones. Ninguna de ellas debe estar dotada de un dispositivo de recarga rápida. Ningún silo de misil ofensivo puede estar equipado con un misil defensivo. Los complejos de radar situados en torno a Washington y Moscú no deben distar más de 153 kilómetros de cada una de las capitales. Su número se limita a seis y el diámetro de cada instalación ha de tener tres kilómetros. Los dos signatarios se comprometen a no implantar redes antimisiles en el mar, en avión o en el espacio. El control de tales prescripciones ha de llevarse a cabo mediante satélites, y ambos países se comprometen a no instalar redes susceptibles de obstaculizar ese control.

Sin aguardar la ratificación por el Senado, el señor Laird mandó suspender inmediatamente las obras de instalación de tres redes antimisiles, obras que se habían iniciado en el Missouri, Montana y Wyoming, no conservando más que la de Dakota del Norte, que estaba terminada en un 80 por 100. Quedaba por conseguir del Congreso, que los ha denegado hasta ahora, los créditos necesarios para instalar la red autorizada en torno a Washington.

No cabe duda que el acuerdo SALT-1 se ha conseguido tanto más fácilmente cuanto que la incapacidad del antimisil para interceptar un misil se hace patente. La URSS, que estaba muy por delante de los Estados Unidos en la instalación de la red antimisil en torno a su capital, bien parece haber renunciado a extender este tipo de defensa mucho antes del acuerdo de 1972. Ya durante el verano de 1968, el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres afirmaba que los progresos de la instalación de redes antimisiles soviéticas eran «muy lentos», mientras que le parecía «impresionante» el desarrollo de los misiles ofensivos.

En los Estados Unidos, los estudios de antimisiles se remontan a 1955, época en que fueron detectados con radar las primeras trayectorias de misiles balísticos soviéticos. Responsable de la defensa contra aviones con misiles tierra-aire, la U. S. Navy hizo porque se le confiara inmediatamente la misión de la defensa contra la nueva arma. En la primavera de 1957 añadió, pues, a los *Nike-Ajax* y *Nike-Hércules* de la defensa contra aviones un *Nike-Zeus*, destinado a interceptar misiles. Su estudio fue bastante laborioso, y las pruebas se efectuaron desde el mes de agosto de 1959 con el lanzamiento del primer piso en White Sands hasta julio de 1962, cuando los primeros *Nike-Zeus* lograron interceptar *Atlas* disparados desde la base de Vandenberg (California) al atolón de Kwajalein, a 6.900 kilómetros de aquélla. El jefe del Estado Mayor de la U. S. Army pidió inmediatamente la construcción en serie y el despliegue del *Nike-Zeus*.

Pero entre tanto Robert S. McNamara había sido llamado en 1961 a la Secretaría de la Defensa por el presidente Kennedy. A McNamara no le costó trabajo demostrar que el *Nike-Zeus* había de ser sustituido por el *Nike X*, combinación de un *Spartan*, para la interceptación de misiles a más de 600 kilómetros de sus objetivos y de un *Sprint* de corto alcance y gran aceleración, destinado a la interceptación a la entrada en la atmósfera resistente de los misiles que hubieran salvado la barrera de los *Spartan*. Las pruebas se llevaron a cabo bastante rápidamente con éxito, por supuesto, a un tiempo que el señor McNamara ponía en marcha una serie de estudios para mostrar que la perseguida interceptación tenía sus fallos.

Durante mucho tiempo, insensible a las protestas del Comité de jefes de Estado Mayor, preocupados por la instalación de redes soviéticas de antimisiles, y posteriormente a las del Congreso, que votaba los créditos para el despliegue de una red norteamericana similar, el señor McNamara acabó por ceder en septiembre de 1967. Entonces dio su conformidad para la instalación de una red «ligera» de antimisiles, cuyo coste se estimaba a 6.000 millones de dólares, a repartir en varios años.

Iniciada en 1968 esa red, denominada *Sentinel*, que tenía la pretensión de proteger a los habitantes de Chicago y Boston, tropezó a principios de 1969 con un inesperado obstáculo. Los habitantes de ambas poblaciones, en cuyos barrios exteriores se emprendían las primeras instalaciones de radar y silos, se estimaron víctimas designadas del enfrentamiento entre misiles y antimisiles. Tanto fue así, que el señor Laird, que entre tiempo había sucedido al señor McNamara, anunció que se abandonaba el proyecto *Sen-*

inel para sustituirlo por una red *Safeguard*, de protección de las bases de misiles *Minuteman*. Para ello consiguió la aprobación del Congreso en agosto de 1969.

El estudio de los antimisiles soviéticos debió de iniciarse al mismo tiempo que el del *Nike-Zeus*. Con el *Galosh*, antimisil pesado de largo alcance, y el *Griffon*, antimisil ligero de gran aceleración, así denominados en las designaciones de la NATO, el material soviético apenas si parece diferir de la combinación del *Sparten* y el *Sprint* en el *Nike X* norteamericano. Pero su instalación se llevó mucho más de prisa que en los Estados Unidos. Iniciada en torno a Leningrado a partir de 1962 y calificada entonces de antimisil por el propio señor Jruschev, la instalación fue ampliada a los alrededores de Moscú. En mayo de 1965, la televisión soviética presentó un lanzamiento de tales antimisiles. Con su habitual entusiasmo, el señor Jruschev afirmaba ya en 1963 que sus antimisiles eran lo bastante precisos como para «alcanzar una mosca en el cielo». Pero se mofaba al mismo tiempo de aquellas redes de defensa con radar que los Estados Unidos habían instalado en Canadá, Groenlandia e incluso Gran Bretaña. Los «cohetes globales» soviéticos, que «entran por la ventana cuando se les espera por la puerta», no tendrían dificultad alguna en ponerlos en jaque. En octubre de 1966, el señor McNamara admitió el despliegue de los antimisiles soviéticos en torno a Moscú, pero sin que esto le inquietara excesivamente. El presidente Johnson se dejó convencer, y en su mensaje sobre el estado de la Unión de enero de 1967 declaró que los Estados Unidos no tenían «intención, de momento, de emprender la carrera de los antimisiles, aunque la URSS actualmente proceda al despliegue de esas armas en torno a Moscú». Sólo fue en septiembre de 1967 cuando cedió para que se acometieran los primeros trabajos sobre el proyecto *Sentinel*.

El difícil problema de la limitación de armas nucleares ofensivas, cuya negociación se ha iniciado en Ginebra durante las conversaciones norteamericanas-soviéticas de SALT-2, no quedará resuelto sin que transcurran varios años. Hasta la fecha no se ha dado publicidad alguna a las negociaciones; pero ya se sabe bastante bien, habida cuenta del acuerdo SALT-1, que aún menos que para los misiles defensivos la URSS admitirá visita alguna de sus instalaciones de misiles ofensivos por inspectores norteamericanos o por una comisión internacional.

Las paradas para impedir la destrucción de entrada, mediante un ataque soviético bruscamente desencadenado, de sus 1.054 misiles *Minuteman* en

silos se vienen estudiando desde hace mucho tiempo en los Estados Unidos. La más eficaz es seguramente el MIRV (Multiple Independently-targeted Reentry Vehicle), o sea, conos de carga múltiple y dirección independiente, que el señor McNamara, después de presidir a su creación, ha calificado como «el más importante avance tecnológico de esta década».

El 8 de enero de 1971 el Pentágono hizo saber que el equipamiento con MIRV de los 50 primeros *Minuteman* de la base de Minot Air Force (South Dakota), iniciado en junio de 1970, había culminado. Los *Minuteman*, de 29.500 kilos y de 10.130 kilómetros de alcance habían sido sustituidos por los *Minuteman 3*, de 34.475 kilos y 13.000 kilómetros de alcance, equipados cada uno con tres conos de carga de dirección independiente de 170 kilotones cada uno, es decir, más de diez veces la bomba de Hiroshima. Se anunciaba al mismo tiempo que el primero de los 31 submarinos lanzadores de *Poseidon* iba a convertirse a corto plazo en operativo. Instalados en número de 16 en submarinos, los *Poseidon*, con un peso de 29.500 kilos y un alcance de 4.630 kilómetros, sustituyen el mismo número de *Polaris*, que tenían un peso de 13.600 kilos y un alcance de 2.800 a 4.630 kilómetros, según se tratara de un *Polaris A-2* o *A-3*. El *Poseidon*, cuyas pruebas se efectuaron desde agosto de 1968 a febrero de 1970, puede llevar más de 10 conos de carga, de 18 kilotones cada uno. La puesta en servicio de los MIRV había de concluir a finales de 1971 en la mitad de los 1.054 *Minuteman* en silos y en la cuarta parte de los 41 submarinos equipados con 16 misiles. Suponiendo que los 200 antimisiles concedidos a la URSS por SALT-1 pudieran interceptar cada una de esas cargas, todavía quedarían más de 500 susceptibles de destruir todas las ciudades soviéticas. El equipamiento con MIRV de los misiles norteamericanos se ha proseguido, por supuesto, en el transcurso de 1972. Por consiguiente, se comprende que la URSS no haya planteado grandes dificultades para signar y ratificar el acuerdo de Moscú de 26 de mayo de 1972 sobre la limitación de los antimisiles.

Por su parte, desde hace unos quince años la URSS persigue una solución diametralmente opuesta a la de los Estados Unidos en materia de misiles ofensivos. Los Estados Unidos apuntan a destruir al adversario con el mínimo de megatones y el máximo de cargas. La URSS ha optado por destruirlo con el máximo de megatones y el mínimo de cargas. Desde la lejana época en que el señor Jrushev, después de la explosión en la atmósfera alta de una carga de 50 megatones, fijaba en 100 megatones la potencia deseable para los conos de carga, la estimación norteamericana ha reducido a 25 me-

gatonos la carga que atribuye a los SS-9 soviéticos actualmente en servicio. Al recibir a principios de 1962 a uno de sus numerosos visitantes norteamericanos, el señor Jrushev le declaró ya: «Son los mayores cohètes los que decidirán; ahora bien, la URSS los tiene.» En diciembre de aquel mismo año, el mariscal Biriuzov, comandante en jefe de las unidades de misiles, ponía en ridículo los cinco megatonos de los *Atlas* norteamericanos y afirmaba que podía colocar en cualquier punto de la tierra sus reservas de cargas nucleares de 50 a 60 megatonos. Unos días antes, el almirante Grochkov, comandante en jefe de la Marina, hacía desfilar por la plaza Roja enormes misiles de unos 45 megatonos, tres veces más pesados que los *Polaris* de los submarinos norteamericanos, y que podían situar las mismas cargas de 50 a 60 megatonos en la mayor parte de las ciudades de los Estados Unidos.

Pero si a falta de las cargas de 100 megatonos reclamadas por el señor Jrushev nos atenemos a las de 25 megatonos, que las autoridades norteamericanas admiten ser las de los SS-9 actualmente en servicio, su potencia es varios centenares de veces superior a la de los 170 kilotonos y 18 kilotonos de los *Minuteman* y los *Poseidon*. En el plano técnico como en el plano financiero, ¿quién tiene razón: los Estados Unidos o la URSS?

El 1 de septiembre de 1961, a raíz de una conferencia en la Casa Blanca, Arthur Dean, jefe de la delegación norteamericana en Ginebra, leyó la declaración redactada de concierto con el presidente Kennedy: La carga de 100 megatonos, afirmaba, «es infinitamente demasiado potente para la destrucción de objetivos militares... y no haría más que destruir inútilmente gran número de vidas humanas». Pertenece, agregó el señor Dean en su comentario, «a la categoría de las armas de chantaje y terror». Las mayores cargas de que disponían los Estados Unidos «pulverizarían las construcciones en una extensión de 250 kilómetros cuadrados, o sea la superficie de Washington. Por lo tanto, «¿para qué recurrir a cargas más potentes, cuyas destrucciones por el sopro serían más extensas, pero con menor rendimiento?»

La contradicción surgió en los Estados Unidos a partir del 1 de octubre de 1961 con motivo de la conferencia de prensa de la Atomic Energy Commission, cuya autoridad puede discutirse difícilmente. «Las grandes destrucciones por el sopro de una carga de 100 megatonos, afirmaba ésta, se extenderían hasta 29 kilómetros y abarcarían 2.600 kilómetros cuadrados. Pero las grandes destrucciones incendiarias se ampliarían, agregaba, a cerca de 100 kilómetros y afectarían a 30.000 kilómetros cuadrados.» Los cálculos soviéticos brindan cifras netamente más ambiciosas. En un discurso del

14 de enero de 1960, el mariscal Malinovsky, ministro de la Defensa del señor Jruschev, valoraba en 2.000 kilómetros cuadrados por megatón las destrucciones incendiarias, lo que daría 200.000 kilómetros cuadrados para la bomba de 100 megatonas. Pero mediante la comparación de las cifras norteamericanas y soviéticas, conviene observar que los primeros se refieren a daños producidos por una única explosión, mientras que los segundos apuntan a la explosión casi simultánea de varias cargas, que añaden sus efectos allí donde cada una de ellas no bastaría para provocar graves destrucciones incendiarias. Semejante explosión simultánea multiplica aproximadamente por cuatro el efecto de cada una de ellas. Las estimaciones norteamericana y soviética para la carga de 100 megatonas pasan entonces de 120.000 a 200.000 kilómetros cuadrados, derivándose la disparidad de una diferencia de apreciación de las «destrucciones incendiarias graves».

Dos acontecimientos recientes acaban de revelar las intenciones de la URSS en la explotación de las posibilidades incendiarias de las grandes cargas nucleares. El primero fue el anuncio por los Estados Unidos del primer disparo de un misil soviético mar-mar en el Pacífico, con un alcance de 7.000 kilómetros. El segundo fue la discusión suscitada por la presencia de un submarino, cuya nacionalidad, soviética o polaca, no se ha podido precisar, en las cercanías de un fiordo noruego. Con este motivo se ha sabido que unas veinte operaciones de este tipo, a las que la NATO se ha abstenido de dar publicidad, se habían llevado a cabo en los fiordos de Noruega y Groenlandia. Si a esto se agregan las posibilidades de lanzamiento por submarinos que partieran de las costas del Norte de Siberia hasta el estrecho de Behring, no cabe la menor duda de que los submarinos soviéticos pueden destruir, por explosión incendiaria de sus grandes cargas, tanto los Estados norteamericanos de la costa Nordeste como las de la costa Oeste.

Por consiguiente, no se necesita en modo alguno el acuerdo SALT-2 sobre la limitación de armas nucleares ofensivas para iniciar, como declaró el presidente Nixon en mayo de 1972, «el principio de una nueva era que brindará a todas las naciones la posibilidad de dedicar cada vez más sus recursos y energías a obras de paz». Sin ninguna carrera recíproca de armas nucleares, los Estados Unidos y la URSS disponen ya de todos los medios de mutua destrucción e incluso de destrucción conjunta del mundo.

DOS NUEVAS CONFERENCIAS

El mismo día en que—el 21 de noviembre—los Estados Unidos y la URSS iniciaban en Ginebra la Conferencia SALT-2 sobre la limitación de armas estratégicas se iniciaba en Helsinki una «pre-conferencia» sobre la seguridad y cooperación en Europa. La URSS la venía pidiendo desde 1954. Occidente ha concluido por concedérsela. Pero ha conseguido, en contrapartida, la apertura a finales de enero de 1973 de una conferencia MBFR (Mutual and Balanced Force Reduction) sobre la reducción mutua y equilibrada de fuerzas en Europa, a celebrar en Ginebra.

Jamás conferencia de Europa había acogido a tantos representantes de Estados como la que reunió a 34 embajadores el 21 de noviembre en Helsinki. Al bloque del Oeste, desde Islandia a Turquía, incluido San Marino, el Liechtenstein y el Vaticano, se agregaba el bloque comunista al completo, con excepción de Albania, tres países neutrales (Suecia, Suiza y Austria) y dos *outsiders*, los Estados Unidos y Canadá. Finlandia, país invitante, recogió desde 1959 la idea de esta conferencia, que Molotov, entonces ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, pidiera en 1954. Proponía entonces reunir a 32 países europeos, a los que añadía los Estados Unidos, reconociendo así que nada es posible en Europa sin su consentimiento, si bien, para contrarrestar esa presencia exterior, contaba con China, con la que la URSS estaba en aquel tiempo en los mejores términos.

La URSS no ha ocultado que apuntaba, en primer término, al reconocimiento por la Europa occidental, así como por los Estados Unidos, del *statu quo* en la Europa oriental. Confía además en obtener la creación de una organización permanente, a cuyo socaire tendría derecho de fiscalizar las cuestiones que le interesan en la Europa occidental. Finalmente, cuenta siempre con lograr la retirada de las fuerzas norteamericanas estacionadas en Europa. Pero se le objeta que el regreso a los Estados Unidos de las fuerzas que ese país mantiene actualmente en Alemania Federal representaría una retirada de 7.000 kilómetros, mientras que el retorno a la URSS de las fuerzas soviéticas supondría una retirada de, a lo sumo, 400 kilómetros. La entrada de los carros soviéticos en Praga ha mostrado cuán breve es el plazo que se necesita para hacer la operación inversa.

Sin duda, la Conferencia de Helsinki ha de tratar no sólo de los problemas de seguridad, sino también de la cooperación económica entre los países de Europa, «del Atlántico al Ural», decía el general De Gaulle. Pero ¿en qué

dirección se llevará a cabo esa cooperación? En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Rusia enviaba a Europa occidental más de 40 millones de quintales de trigo y maíz procedentes de Ucrania. Indudablemente, la población de la URSS se ha duplicado en sesenta años. Pero la superficie sembrada se ha duplicado igualmente. Según el *Anuario estadístico de la Unión Soviética* de 1966, ha pasado de 105 millones de hectáreas en 1913 a 209 millones de hectáreas en 1965. No obstante, el rendimiento en trigo apenas si ha aumentado: nueve quintales por hectárea en 1913, nueve quintales y medio en 1965.

Las cuantiosas compras de cereales que la URSS acaba de concertar con Occidente ponen una vez más a la orden del día la máxima debilidad del régimen soviético: su impotencia para conseguir de la agricultura, en un país donde la densidad de la población no supera los 10 habitantes por kilómetro cuadrado, de qué alimentar regularmente esa población. Lenin, que empezó por entregar la tierra a los que la cultivaban, provocó la mayor hambre de la historia rusa. Se le impuso rápidamente que el sistema de «las pequeñas haciendas no está en condiciones de liberar a la humanidad de la miseria de las masas». Desde entonces sus sucesores han experimentado o propuesto el *koljoz*, explotación cooperativa; el *sovjoz*, granja de Estado, y hasta la agrociudad, grata al señor Jrushev; es decir, todas las fórmulas posibles. Ninguna ha impedido que el señor Breznev se viera obligado a trasladarse una vez más el verano pasado a Siberia occidental a fin de acelerar la recogida de la cosecha y la preparación de la siembra de la siguiente. Tanto es así que la URSS ha tenido que comprar a los Estados Unidos, primer productor de cereales del mundo, diez millones de toneladas de trigo, a entregar en tres años; cinco millones de toneladas a Canadá, un millón de toneladas a Francia y otro tanto a Australia, a entregar en 1972.

¿Está la URSS mucho más adelantada en el ámbito industrial que en el ámbito agrícola? Incuestionablemente, detenta reservas de petróleo y sobre todo de gas natural que podrían resolver en parte la crisis de energía que Europa occidental y los Estados Unidos prevén de aquí a 1980. Sólo le faltan capitales para acometer la explotación y el suministro. La Europa occidental empezará a recibir próximamente gas natural de Siberia, pero ha tenido que facilitar las conducciones, cuyo importe la URSS devolverá ulteriormente con suministros de gas. El mismo intento hecho con dirección a Japón, que no sabe qué hacerse con los excedentes de su balanza comercial y cuyas necesidades energéticas son muy superiores a las de Europa occidental, no ha tenido éxito todavía: Japón vacila en sepultar varios miles de

millones de dólares en conducciones que desemboquen en Vladivostok. Las dificultades son del mismo orden con los Estados Unidos, a los que se pide una inmovilización de capital equivalente para instalar oleoductos y estaciones licuadoras de gas en las costas siberianas del Artico.

Finalmente, por no resultar más garantizadas las perspectivas de cooperación económica que las de la seguridad militar, las 34 misiones de los Estados de Europa, a los que se añaden los Estados Unidos y Canadá, se separaron por un mes el 15 de diciembre. Los embajadores reunidos en esa «pre-conferencia» no se han limitado a no ponerse de acuerdo en cuanto a los temas a tratar por las comisiones, sino que no se pusieron siquiera de acuerdo sobre las cuestiones de procedimiento. Apenas si lograron decidir cómo se reanudarían los trabajos el 15 de enero. Los representantes de la URSS que hubieran querido, por lo menos, fijar el lugar y fecha de la conferencia propiamente dicha, pusieron de manifiesto algún nerviosismo frente a las reservas occidentales, apoyadas en muchos casos por Yugoslavia y Rumania.

En cuanto a la Conferencia MBFR sobre la reducción mutua y equilibrada de fuerzas en Europa, que ha de iniciarse a finales de enero en Suiza, ¿tendrá mayor éxito? Es difícil preverlo. De momento, los Estados Unidos han incitado firmemente a sus aliados de la NATO a aumentar sus presupuestos militares para discutir, como siempre, de una reducción ulterior en posición de fuerza. En Francia, el señor Debré, ministro de Estado encargado de la Defensa, acaba de publicar sobre el tema un extenso artículo en *Revue de Défense Nationale*, como ya hemos señalado. Reconoce, ciertamente, que «la defensa de Europa es problema insoluble para los europeos solos». Pero afirma a un tiempo que «no podemos fundar nuestra política en la esperanza de que nuestro territorio, nuestras libertades, nuestros intereses serán considerados por los Estados Unidos cual si fueran territorio norteamericano, libertades norteamericanas, intereses norteamericanos». Reclama, por tanto, «una defensa nacional, una defensa estricta y profundamente nacional, en función de la que podemos esperar un apoyo».

La conferencia sobre la reducción mutua y equilibrada de fuerzas en Europa, en definitiva, no parece destinada a tener más éxito que la de Helsinki sobre la seguridad y cooperación.

CAMILLE ROUGERON